

<http://gregoryzambrano.wordpress.com/>

Para no olvidar a Orlando Araujo

Gregory Zambrano

En: La tradición infundada. Literatura y representación en la memoria finisecular, Mérida, Universidad de Los Andes, CDCHT, Fundación Casa de las Letras Mariano Picón Salas, 1996, pp. 189-198.

Para Cecilia Cuesta

Orlando Araujo (1927-1987) llevó hasta el final de su vida una inquietud creadora que lo acercó de manera singular al mundo de los niños y jóvenes. Narrador, ensayista, periodista, poeta y economista, su trayectoria en la literatura venezolana es muy amplia, y comenzó en 1955 con la publicación de su ensayo *Lengua y creación en la obra de Rómulo Gallegos*, trabajo que, desde su aparición tuvo una gran acogida y difusión. Luego fueron sucediéndose diversos trabajos en el campo de la literatura, de la economía y la política. Pero es en la literatura para niños y jóvenes donde más se aprecia su faceta de creador y su gran riqueza expresiva dentro de su abundante producción intelectual.

Esa inquietud creadora, que lo vinculó tan estrechamente al mundo de los niños y jóvenes, comenzó a concretarse desde 1971, cuando apareció su obra *Miguel Vicente Pata caliente*, ampliado luego para una nueva edición que se publicó en 1979, con una variante en el título, *Los viajes de Miguel Vicente Pata Caliente*, con el que introdujo un personaje que habría de convertirse en prototipo del niño que aprehende el mundo a través del ilimitado recurso del "viaje", empleado como metáfora de un desplazamiento que se concreta en una posible 'realidad' pero que ha partido de la imaginación y desde ella ha construido un gran universo. Luego

apareció *El niño que llegó hasta el sol*. El mismo año en que Orlando Araujo murió se publicó su lírica historia de *El niño y el caballo*, posteriormente *El tesoro de Lucía*, ambos aparecieron en 1987. Un año después se editó un libro que Orlando Araujo escribió para sus hijos Juan Carlos y Sebastián,

—191—

una obra que es la suma de muchos libros, de recuerdos, palabras dichas a través de los años y vueltas a plasmar en un diálogo que se abre a múltiples interlocutores: *Cartas a Sebastián para que no me olvide*¹.

En este libro, su autor reafirma lo que fue durante muchos años el trasfondo de toda su obra concebida para los niños y jóvenes: un acercamiento directo y sincero con sus presentidos interlocutores, un diálogo ameno sin adornos expresivos ni amaneramientos en el modo de llamar las cosas por su nombre. Hay sí conciencia plena de un lenguaje que no por directo y cotidiano es vacío, o falso o ligero. En una oportunidad llegó a expresar respecto de este problema:

*"No soporto esa literatura infantilista, donde se le hacen concesiones al lenguaje. Mi amiguita coleguita, me parece bobalizante para el lenguaje y para el niño, los -itos, las -itas, los -icos y las -icas que suponen un mundo reducido, enano y pequeñito donde todo parece de mentirita (...) Pero, por otra parte, ciertos autores han querido borrar definitivamente las hadas, la condición mágica del mundo, el caballo de Marco Polo y los dinosaurios azules"*².

El estilo literario de Orlando Araujo, múltiple en las voces que convoca para representar un universo expresivo signado por lo testimonial, cercano en lo afectivo y profundamente cotidiano es, en

¹Orlando Araujo, *Cartas a Sebastián para que no me olvide*, Caracas, Alianza Gráfica Editorial, 1988; 110 p. (Edición preparada y cuidada por Trina Urbina de Araujo).

²Milagros Rodríguez, "El abuelo Orlando Araujo: No soy moralista ni doy consejos a nadie", *Boletín Nacional de literatura infantil* (Caracas) (3): 19, mar-may, 1979.

este libro, igualmente heterogéneo. En *Cartas a Sebastián para que no me olvide* el punto de partida es un epistolario muy personal que se transforma en cada una de sus

—192—

páginas, para ir construyendo una especie de ficción sobre un discurso que modifica estructuralmente el género epistolar, si pudiéramos asumir estrictamente la particularidad de este género como tal, de aparición frecuente en el discurso literario destinado a niños y jóvenes; así, este personal modo de plantear artísticamente un diálogo, lleva a alcanzar otro nivel en el cual se realiza la simbiosis genérica entre cartas-poemas, cartas-cuentos y cartas-consejos. Así, en la conformación de un diálogo con interlocutores precisos —Juancho y Sebas— la palabra se transforma en vehículo eficaz para hablar del mundo, de sus detalles, de la vida, del hombre que mira hacia atrás y descubre que en verdad la infancia siempre ha estado muy cerca de él; entonces su memoria revive de ella cada personaje, cada instante guardado vitalmente, cada sueño.

Son cartas que rompen su esquema formal al transformarse en una representación poética de la realidad, diversa por demás, la que le toca de cerca y aquella que lo lleva al pasado, a volver al ejercicio recurrente de mirarse en sus hijos, verse a sí mismo reflejado en ellos, pero situado en la lúcida distancia que dan los años, y desde ese núcleo temático, que parte de su pasado, volver a vivir o a reflexionar.

La literatura que escribió Orlando Araujo para niños y jóvenes lleva implícito el motivo del viaje como un pretexto inmediato para contar, para reconstruir las aventuras, siempre estructuradas sobre la base de una reflexión, y son los niños, precisamente, quienes protagonizan —vivencial u oníricamente— ese viaje por la vida, traducido siempre en imágenes y enseñanzas. Las cartas a Sebastián son también un viaje, pero ya del adulto que se concibe niño en todos los recuerdos que poblaron el mundo de su

infancia y que ahora se actualizan para recrear una fantasía de tiempos idos, y que vueltos a contar se llenan de vida, se nutren de esperanzas porque tienden un puente entre la infancia de ayer (la del padre) y la de un presente que protagonizan sus hijos.

—193—

El narrador que estructura cada una de esas cartas se asume no sólo como padre, sino también como amigo, como consejero; a través de sus vivencias hace recorridos en el tiempo, para así, traer al presente anécdotas, personajes, esos recuerdos guardados como tesoros y que en su evocación aparecen como testimonios de amor, pero de un amor concebido como totalidad: *"El amor es un estado de ánimo de los mares, los cielos, los ríos, las montañas. Uno participa en él, se baña en él y se sacude y se revuelca lleno de sueños antes de dormirse en él"*. ("Dedico este libro a Juancho", p. 9), y luego viene el cuento, un recuerdo que se ha transformado en relato, actualizando vivencias lejanas, que el padre transmite al hijo con toda la fuerza del sentimiento, acercándose por intermedio del diálogo: *"El amor eres tú y soy yo cuando conversamos en silencio (...) El amor es poder abrir los ojos y sentir por dentro"*. ("Porque hablo mucho de amores, preguntas qué es el amor", p. 25).

Y así aparecen otras constantes cargadas de una filosofía sencilla y, a la vez profunda, que nombra al mundo, a todos los elementos que entran en correlación con la naturaleza y el hombre mismo a través de unas determinadas maneras de experimentar las sensaciones: *"El mar es la brisa en las venas de la tierra (...) El mar son las olas que llevamos por dentro"* ("¿Qué es el mar?", p. 15).

El narrador de estas Cartas-cuentos se sabe dueño de la palabra. Es el padre que habla a su hijo, pero al mismo tiempo, son todos los padres hablando a todos los hijos, en una relación a veces idealizada, pero fraterna y cercana: *"Esta es la carta de un padre que amanece con una estrella en la mano. Soy tan tuyo como mío y dibujo en el recuerdo el mar que te regalo. Cuando seas capitán, saluda al sol y llévame contigo como si no me vieras"* ("La carta del

padre", p. 43).

A medida que avanzamos en la lectura de este libro, también vamos profundizando en los temas, no en el sentido de

—194—

la complejidad sino en una determinada filosofía de vida que hunde sus raíces en un pasado que se repite de manera cíclica en cada generación, de padres a hijos, como lo explicitaban en la tradición de los antiguos mexicanos los "Huehuetlatolli" o "Pláticas de los ancianos", los cuales, contenían una serie de frases afectuosas que se repetían, combinándose con alabanzas y consejos:

Por breve tiempo has venido a contemplar las cosas, has venido a ir evolucionando, has venido a hacer medro en tu persona, has venido a crecer. Cual un pajarito al fin abres el cascarón. Como si fueras a salir ahora de tu encierro, como que ahora echas plumas y de ellas te vistes, como que ahora te salen cola y alas. Es que ahora comienzas a mover tus manos y tus pies y tu cabeza. Y como que haces tentativa de irte a volar (...)³.

Desde esa perspectiva se va adentrando en una expresión que participa de una doble función, la instructiva y la recreativa, hay una evidente intención de enseñar y lo hace a partir de ciertas parábolas, siempre con ese cuidado en el manejo lingüístico, con esa búsqueda de precisión, por ello abundan las metáforas, el encuentro natural con la plasticidad del lenguaje para cada uno de los temas que aborda, desde los más cotidianos hasta los más filosóficos, partiendo de su más íntima retrospección. Orlando Araujo siempre manifestó ese sentido de permanencia en su propia infancia: "*Creo (...) que el mejor punto de partida es la expresión amorosa y el ejercicio*

³ Ángel María Garibay K, *La literatura de los aztecas*, 6 ed., México, Joaquín Mortíz, 1979; 107 p.

poético del niño que llevamos por dentro"⁴.

En ese contexto, las pláticas van al descubrimiento de un nuevo individuo que se abre a la vida y que se conceptualiza en la libertad, no casualmente simbolizada en la imagen del ave:

—195—

El azulejo es un pájaro de mañanita que tiene el corazón azul. No tiene jaula sino el viento y las ramas (...) Por eso las montañas son azules cuando las ves de lejos, en las mañanas de tus viajes. "Déjame ver adónde vamos" –dijo el azulejo– y voló por todo el mundo. El mundo es una palmera de azulejos que aletean y pintan de azul los cielos de la vida (...) Libertad es un azul de pueblos sin jaulas ni jauleros. ("La libertad", p.37).

Las cartas-cuentos que escribió Orlando Araujo para que Sebastián, su hijo, no lo olvidara, son también un juego de intertextualidades, que abren un diálogo hacia el interior mismo de otras de sus obras narrativas. Así se conjugan y complementan recursos narrativas utilizados de distinta manera en obras diversas:

*"Conocí a un niño que viajó sobre un dinosaurio azul por el fondo de la tierra, cabalgó sobre el caballo de Marco Polo, habló con un pozo muerto y conversó con una iguana" ("Juego de niños", p. 47). Simultáneamente, estos mismos elementos pueden aparecer en otros de sus textos narrativos de distintas épocas, tales como "El dinosaurio azul", incluido en su obra *Siete cuentos*⁵ o el mismo Miguel Vicente que logró viajar en un sueño –hecho realidad– hacia las entrañas de la Tierra, y que Orlando Araujo tituló "El niño y el petróleo"⁶.*

⁴ Milagros Rodríguez. *op. cit.*, p, 20.

⁵ Orlando Araujo, *7 cuentos*, Caracas, Contexto Editores, 1977; pp. 75-89.

⁶ Orlando Araujo, *Los viajes de Miguel Vicente Pata Caliente*, Caracas, Ediciones Centauro, 1977; pp. 103-131.

Eso también sucede cuando Araujo evoca al pueblo de su infancia para hablar de sus casas, de los viejos, de los animales; inmediatamente nos transportamos a su *Compañero de viaje* (1970). Ese juego intertextual marca toda su obra narrativa. En ella están volcados los mismos hechos, las mismas anécdotas y los mismos protagonistas que en cada obra

—196—

dialogan, y que ahora en estas *Cartas*, cuando el padre habla a su hijo, vuelve a vivenciar. Así, el mundo de la infancia se actualiza a través de cartas que sintetizan un universo en el que el juego verbal funciona como una llave que contiene todo el amor arremansado y que de pronto se abre, entonces fluye convertido en palabras que siempre dibujan el amanecer:

El Día despierta al hombre y a los árboles. Es bello el perfil de una montaña que amanece, el canto lejano de los gallos, la conversación de los pájaros del mundo. El hombre siente que las fuentes y los ríos y el mar también despiertan ("Cartas del día y de la noche", p.77).

Cartas a Sebastián para que no me olvide, libro póstumo de Orlando Araujo, es una síntesis del hombre que decidió quedarse viviendo en la niñez, es el libro-carta de un niño grande que ha visto el mundo y recogido de él innumerables episodios en los que ahora respiran las esperanzas, los sueños y los recuerdos. Testimonio vital, plasmado con las palabras más sencillas, filosofía de la vida, vivida y contada: "*La vida es el bello relámpago de un triunfo*", y en esa convicción, que es también preocupación explícita por la niñez y juventud que se levanta, sintetiza al hombre, a su universo. Desde el fondo de esa concepción, que es al mismo tiempo una promesa de fe, dice al hijo una sola y definitiva palabra: en la confianza del padre, el hijo: "*Tiene el canto y la belleza del torrente y el brío de un potro que amansará el amor...* ".

En fin, *Cartas a Sebastián para que no me olvide* es un libro que evoca y recrea un mundo donde las tristezas no opacan la alegría, allí el ser humano palpita y se hace canción, en la confianza de que sí habrá mañana. Las cartas a Sebastián son un aporte al diálogo con la juventud, un llamado urgente desde la poesía para la consolidación de un mundo donde las esperanzas puedan concretarse algún día. Estas cartas llevan también, atada a las alas de su rápido vuelo, la certeza de que más allá de su propia textualidad habrá muchos destinatarios: todos los niños y jóvenes de Venezuela, del continente y del mundo entero.

Referencias

Araujo, Orlando, *Cartas a Sebastián para que no me olvide*, Caracas, Alianza Gráfica Editorial, 1988; 110 p. (Edición preparada y cuidada por Trina Urbina de Araujo).

-----, *7 cuentos*, Caracas, Contexto Editores, 1977; pp. 75-89.

-----, *Los viajes de Miguel Vicente Pata Caliente*, Caracas, Ediciones Centauro, 1977; pp. 103-131.

Garibay K., Ángel María, *La literatura de los aztecas*, 6 ed., México, Joaquín Mortíz, 1979; 107 p.

Rodríguez, Milagros, "El abuelo Orlando Araujo: No soy moralista ni doy consejos a nadie", *Boletín Nacional de literatura infantil* (Caracas) (3): 19, mar-may, 1979.